

EL PADRE NUESTRO

PIO ZAVALA

El cristianismo tiene una larga historia. Como consecuencia arrastra consigo un depósito de formulaciones de su propia fe que llevan marcado el sello de la época en que surgieron. Una consideración suprahistórica de éstas, que diera a todas ellas un valor absoluto e incondicionado sería una traición a la propia fe, que descubrí a Dios a través de la historia. Por eso todas las épocas han hecho múltiples esfuerzos por retraducir lo permanente en esquemas comprensibles para cada momento. Si hoy recompusiéramos el credo, por ejemplo, ya no diríamos "descendió a los infiernos" o "resurrección de la carne". Conservamos las fórmulas por su valor histórico, pero las entendemos en sentido distinto del literal.

Algo semejante se podría decir respecto al evangelio. En cada siglo surgen nuevas traducciones de la Biblia que utilizan las palabras y expresiones más comunes. Lo mismo, por supuesto, se puede y debe hacer con las fórmulas cristianas de oración, aunque aquí resulte más difícil introducir innovaciones, por la fuerza rutinaria de la memorización.

Uno de nuestros asiduos lectores nos envía para su publicación un posible intento de reformulación del Padre Nuestro. Lo ofrecemos aquí como muestra de un esfuerzo del que ningún cristiano se puede excusar: el de hacer que el evangelio sea también hoy una buena noticia significativa para todos. (N. de la R.).

En una conversación opiné, que el "Padre nuestro" contenía algunas frases y palabras oscuras para los niños y para adultos no bien instruidos, y que por ello debería redactarse en un lenguaje más inteligible. Mis oyentes disintieron. Opinaron que bastaba explicarlas.

Esto sucedía en una comida fraternal en España. No palpaban la inmensa masa latinoamericana, sin apenas sacerdotes y catequistas, que les intruyan en la fe; ni la ventaja de redactar el mensaje de Cristo de manera que lo entiendan aún donde no llegue el mensajero.

En el último Sínodo se habló sobre la inculturación, que reducida a la cuestión significaría la versión del contenido de la fe en los moldes culturales de hoy. Como el tema vuelve a tener actualidad, intento dar una versión, que nos transparente mejor su contenido. Hela aquí.

**Padre nuestro, que eres más que todas las cosas,
que te adoremos y te alabemos,
que te amemos y nos amemos,
que hagamos lo que Tú quieres,
como lo hacen en el cielo.**

**Danos cada día su alimento,
perdona nuestras ofensas como nosotros
perdonamos a los que nos ofenden,
no nos dejes caer en la tentación,
y no permitas que nos separemos de Ti.**

Amén.

Antes de seguir querría que el lector se detuviese un poco, para que leyéndola y releyéndola, juzgue si esta redacción no le dice mucho más que el "Padre nuestro" que ahora rezamos.

La cosmogonía del tiempo y del espacio en que se movió Jesús, que no contaba con otro telescopio que el de los ojos, se imaginó que la tierra flotaba sobre las aguas y que estaba protegida por una inmensa bóveda, de la que colgaban las estrellas, la luna, el sol. La fe que conlleva siempre la certeza de un Dios, que es sobre todo, que es de un orden totalmente distinto al de las cosas, encontró en esa cosmovisión una fórmula ya hecha, para colocar a Dios en lo más alto de la bóveda, estando sobre todo y gobernando todo según su querer.

Hoy con los radiotelescopios, las galaxias y los cuasares, con un Universo en expansión, se nos hace difícil colocar determinadamente el cielo de los bienaventurados. Hemos enriquecido el contenido sobrenatural, pero indeterminado el de lugar. Así al rezar "Padre nuestro que estás en el cielo" mientras le acercamos como Padre, lo alejamos colocándolo en un cielo de situación indeterminada y perdemos intimidad y el sentido de su supremacía sobre todo.

Por eso al dar la nueva formulación, pretendemos significar lo que quiso decir Jesús, cambiando el concepto de espacio por uno de cualidad. No nos aleja al Dios Padre de todos los hombres, y encierra la certeza del Ser absolutamente Otro, Totalmente Otro, infinitamente superior a todas las cosas, que la fe lleva consigo, que carcome la tendencia del hombre a fabricarse ídolos.

La petición "Santificado sea tu nombre" siempre me ha sido difícil aún para mí mismo. Mi intervención en la conversación partió de este presupuesto.

Usa un hebraísmo que nos obnubila. Para Cristo y para sus discípulos; tu nombre equivalía a la persona, tú; para nosotros es sólo el signo, la palabra. En una primera aproximación debería decirse sencillamente: que sea santificado.



Esta palabra es además polivalente y difícil. Se difiere en su exposición, tiene mucho de abstracto. Por otro lado ¿cómo vamos a santificar los hombres a Dios? El es el infinitamente santo, imposible pues añadir más santidad. Queda además todo en un deseo vago; santificado sea tu nombre ¿por quién? No interpela al mismo que ora. Queda en un buen deseo, como el que dice al amigo: ¡que seas muy feliz! ¡que tengas suerte! ¡que te cures pronto! Tantos buenos deseos, que se dicen, porque no cuestan nada.

La formulación "que todos te adoremos y te alabemos" embarca al mismo que lo reza y coloca la petición en el plano de la acción de los hombres. El deseo imposible de una mayor santidad en Dios, queda volteado hacia una mayor adoración y alabanza por parte de los hombres. Así, se recoge la actitud de Moisés, que se llega descalzo a la zarza ardiendo; la de los salmos que bendicen a Dios por su grandeza y por las maravillas que ha hecho; la de San Ignacio, que pone como fin del hombre "alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor", la de San Pablo en tantas acciones de gracias a Dios en sus cartas; la de San Juan, que en su Prólogo manifiesta tanto su admiración y adoración ante el Verbo hecho carne y que habitó entre nosotros.

Es expresión también de una actitud muy entrañada con el hombre, que ante una maravilla, permanece como estático (en adoración?) y cuando su impresión cede, prorrumpe en frases de admiración. Una expresión que va muy dentro de la actitud religiosa, que en los estudios fenomenológicos de las religiones, se revela como una actitud de profundo respeto y atractivo insuperables ante Dios, con manifestaciones consecuentes de alabanza.

Sustituyo la frase "venganos tu reino" por la de "que te amemos y nos amemos" llevado de la mano por los niños de mi catecismo. En Venezuela no entendemos el reino, sino a lo sumo tratándose de reinas de belleza. Tampoco en el mundo libre captan el sentido que Cristo quiso darle, aunque sean súbditos de reyes.

Cuando los primeros cristianos decían Jesús es "El Señor", mientras sufrían a los emperadores romanos, que exigían tributo de adoración a sus súbditos, entendían con toda su fuerza el significado de la petición, que les obligaba a una vida nueva, aceptando la sumisión total a Dios. Dominio total pero no por miedo, sino por amor, nacido de una libre entrega a Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente.

A nosotros nos es mejor abandonar la metáfora del reino y trasladarnos a la substancia medular de ese reinado, que es fundamentalmente amor de entrega, de sacrificio total, a Dios y a los hombres. Esta palabra seguirá diciendo siempre al hombre, aunque habrá que tratar de limpiarla con el resto del Padre Nuestro y el Evangelio.

En realidad el reino de Dios viene también formulado con las peticiones que anteceden y siguen. La adoración, la ala-

banza, el amor, el cumplimiento del querer de Dios, todo eso, son expresiones del Reino de Dios, pero puestos más del lado de la actitud religiosa del hombre.

Podría argumentarse, que no incluye específicamente los deberes de justicia para con los demás, pero nos encontramos con la necesidad de racionar las expresiones ante la brevedad de la oración; y sus frases siguientes indican algo en ese sentido. Cuando Cristo quiso resumir la ley y los profetas, los redujo a los dos mandamientos según San Mateo y al mandamiento según San Juan; del Amor de Dios y del prójimo.

Estos serían los goznes de un mundo más humano, que tuviera más de lo que el hombre intuye desde lo más hondo, y que sería el mejor signo del definitivo Reino de los Cielos.

Creo que el trasvase encierra un lenguaje más inteligible para el hombre de hoy. Es cierto que el Evangelio trata mucho del reino de Dios, del reino de los cielos, pero es mejor que lo gremos una versión, que nos dé más el contenido a los que no conocemos vitalmente los reinos.

En la siguiente petición barajamos las mismas cartas. El "hágase tu voluntad" queda impersonalizado. Es clásico el chiste del colegio, en el que dieron la orden de "bárranse las escaleras", que fue comentado jocosamente por los alumnos diciendo: pues "que se barran". Hágase, "que se haga". No nos sentimos comprometidos.

La palabra "voluntad" cosifica el querer de Dios, tiende a separarlo de Dios. "Que hagamos lo que tú quieres" lo vemos más entrañado en Dios, es más personal; el pronombre y el verbo revelan mucho más al Padre, que un sustantivo nuevo.

No creo que haya contradicción, entre lo dicho acerca de la primera invocación y lo que decimos ahora. Allí la palabra cielo se omite, porque refleja el aspecto de lugar, aquí en la palabra cielo, se está reflejando el modo de vida de los bienaventurados totalmente unidos a Dios.

Al hablar del alimento cotidiano, he preferido suprimir el pan, por un término más genérico. De haber expuesto Cristo su programa en Venezuela hace unos años; hubiera debido poner: la arepa de cada día. ¿Hoy...? Es evidente que los gustos y costumbres de los pueblos cambian de un lugar a otro, de un tiempo a otro. En cierto modo dice menos, pero es más definitivo para el orden del tiempo y más común para el del espacio.

Dejando de lado las que coinciden con la fórmula actual, voy por fin a detenerme en la última, en la que cambio la interpretación "más líbranos del mal" por la de "no permitas que nos separemos de Ti". En la religión cuyo sentido profundo es la relación interpersonal de amistad íntima con Dios, el mal, es sin duda la separación de Dios, que es la expresión más atinada del concepto de pecado.

El término: el mal, que en tiempos de Cristo seguramente diría más, creo que a nosotros puede separarnos del verdadero significado del mal, que es el que no tiene remedio: la separación definitiva de Dios, que se va gestando en la costumbre de las separaciones temporales.

Esta presentación no pretende, sino que vaya viéndose la necesidad de que esta oración se transporte a un lenguaje más actualizado, dejando siempre la última determinación al Magisterio de la Iglesia.

He preferido que se exprese en una revista de difusión con preferencia de cristianos instruidos, para que siendo suficiente para un planteamiento amplio, que cree base suficiente de estudio y proposición, no enturbie la mente de la gente sencilla, que va a ver difícilmente las razones que se dan y se va a enredar con cambios rápidos en la relación de sus habituales oraciones. Sin embargo, notemos paradójicamente, que esta oración la dió Cristo a los apóstoles, cuando todavía eran catalogados entre los hombres sencillos e iletrados aun en conocimientos teológicos.

Guarenas 11 de Enero de 1978